



El superhombre que soñara Nietzsche está todavía muy lejos de ser el tipo general de la especie humana, y hasta podríamos aventurarnos a sostener que no existe actualmente ningún individuo que haya llegado al grado de perfección que en su simbólico Zarathustra nos presentara el sublime loco.

«Sed fuertes» nos dice el portentoso pensador en su obra maestra.

Y todo su afán de ético infatigable gira al rededor de esa frase escueta.

Ninguna de las virtudes que preocuparon a tantos filósofos han merecido su atención, y con su aliento de titán destruyó de un soplo el castillo de errores y mentiras convencionales que edificaran en cooperación los moralistas rutinarios de todos los tiempos.

Seguro de que la fuerza es el eje del mundo, desprecia las virtudes hijas de la impotencia, y convencido de que para ser bueno es preciso estar en aptitud de poder obrar con absoluta libertad, repite con insistente obsesión: «Hermanos míos, sed fuertes».

Nosotros, humildes obreros del progreso, deberíamos de tener siempre presente el consejo del maestro.

Pero la enérgica recomendación es demasiado viril para nuestras enclenques voluntades, y la violencia de su franqueza hiere nuestros oídos debilitados por el melifluo roce de la hipocresía.

Sin embargo, si no somos capaces de ser fuertes individualmente, debemos esforzarnos por serlo colectivamente.

A esto deben tender todos nuestros esfuerzos.

Basta ya de vacilaciones, de temores pueriles y desconfianzas.

Combatamos el espíritu rebañesco que tan arraigado tenemos todavía, y no olvidemos que no hay que esperar nada de nadie. Tengamos fe en nuestro propio valer y confianza en el poder de nuestra fuer-

za; sólo nosotros podemos labrar nuestra redención.

El camino lo hemos trazado ya. Lo importante ahora es no desviarnos.

Que cada uno cumpla con su deber, teniendo como punto de mira el interés colectivo.

Y procuremos animar con nuestro apoyo a los que se echan sobre sí la pesada tarea de abriarnos paso.

Un esfuerzo más y pondremos cátedra al Viejo Mundo de cómo se hace una revolución.

Y vosotros, compañeros de Europa y Norte y Sudamérica, no olvidéis que en México se trabaja para destruir la sociedad actual.

No olvidéis que los libertarios que en la región mexicana estamos luchando, desde hace ya algunos años, para sacudir el férreo yugo que pesaba sobre este pueblo esclavizado, por la imposición de los déspotas y la tiranía de la ignorancia y de supersticiones seculares, hemos visto con mucha pena que vosotros hayáis concedido tan poca importancia a nuestro movimiento libertador, cuando vuestro apoyo moral nos habría sido útil para poder realizar nuestras aspiraciones de liberación y fraternidad humanas.

Deberíais haber tenido en cuenta que nuestro movimiento no es una lucha de egoísta exclusivismo, sino un gesto de rebelión proletaria contra la sociedad burguesa que nos humilla y explota, y a cuya destrucción deben tender los esfuerzos de todos los hombres de ideas nobles y sentimientos humanitarios.

Quizá el abandono en que nos habéis dejado se deba al poco conocimiento que los compañeros del exterior tenéis de esta revolución y de las aspiraciones que nos guían, pues las noticias que hasta vosotros llegan deben ser, de seguro, confusas y contradictorias; pero creemos que vale la pena de que hagáis un esfuerzo para estudiar y comprender esta intensa agitación que a muchos les parecerá caótica —y de tal la califica la gente de orden—; pero que no solamente encierra un deseo

de redención proletaria, sino que tiene una orientación completamente definida.

Nuestra agrupación, la Casa del Obrero Mundial, es netamente libertaria, de tendencias exclusivamente internacionalistas y, como tal, reclama de vosotros la solidaridad a que tiene derecho, y que no dudamos le concederéis tan pronto como estéis convencidos de su verdadera significación y del importante papel que está llamada a representar en el movimiento obrero internacional.

Los obreros mexicanos tienden los brazos a los trabajadores de todo el mundo, para que, todos unidos, formen el bloque que con su fuerza destruirá la corrompida sociedad actual.

JUAN TUDÓ.

## DESTRUYAMOS LOS VIEJOS MOLDES

¿Qué es lo que quiere el trabajador moderno?

Ideas nuevas; no quiere ya los viejos moldes, por sucios y empolvados; no quiere dioses, porque nunca le han oído las quejas de sus miserias; sabe que esos que se dicen ministros de Dios, no son sino negreros de la humanidad, un estorbo a su progreso.

Sabe que generaciones pasadas han acumulado enormes riquezas y que una turba de parásitos se ha aprovechado de ellas. Sabe que la burguesía, dueña de las patrias y de todo el oro del mundo, se opondrá al llamado de la justicia; pero sabe también que está sostenida por un andamiaje falso y podrido, y que al primer impulso caerá por tierra el grillete que le oprime; las maniobras de que se vale ya las conoce: es hipócrita, sanguinaria y falsa en todos conceptos...; pero tú, trabajador del campo y de todas las industrias, campeón de la humana labor, destruyes para siempre los prejuicios que oprimen tu cerebro.

Abrete paso a la luz radiante de la idea, y, si alguien se opone, destrúyelo también; es fruto del pasado. Recuerda que tienes una compañera que es doblemente esclava que tú, y que tienes hijos que reclaman mejor vida, que sufrirán tu indiferencia; si, por el contrario, haces causa común con tus hermanos de miseria, habrás triunfado en la gran contienda por la existencia.

ROSENDO MEDINA.